

Duanel Díaz

---

# Palabras del trasfondo

Intelectuales,  
literatura e ideología  
en la Revolución Cubana

## ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS .....	11
A manera de introducción .....	13
Del pecado original .....	27
Los «años duros» .....	75
¿Qué es el diversionismo ideológico? .....	119
Radiografía del deshielo tropical .....	165
Reflexiones para terminar .....	199

## A manera de introducción

### I

LA Hecatombe comenzó con bibliotecas perdidas. La de Jorge Mañach, hecha pulpa, según se dice, luego de que la turba asaltara la casa del profesor; la de Lydia Cabrera, cuya legendaria quinta de Marianao, tan admirablemente descrita por María Zambrano en 1945, también fue destruida en aquellos días; la de Labrador Ruiz, inmensa biblioteca de la que, según también se cuenta, tanto trabajo le costara desprenderse al escritor cuando, ya en los setenta, debió partir al exilio, y que se dispersó por las librerías de viejo de La Habana —en una de las cuales compré, poco antes de salir de Cuba, una hermosa edición española del *Elogio de la locura* que aun conservo.

A aquellas bibliotecas “burguesas” y cosmopolitas, edificadas gracias al patrimonio familiar y la dedicación personales, la Revolución opuso la masividad de la Biblioteca del Pueblo. Antes de 1959, apenas había editoriales en Cuba, aunque sí imprentas privadas y multitud de periódicos y revistas de notable calidad; no puede, entonces, ser más simbólico que justamente de los talleres de dos de los diarios nacionalizados en marzo del 60 —*Excelsior* y *El País*— saliera aquella edición del *Quijote* que inauguró la Imprenta Nacional de Cuba con cifras impresionantes: cien mil ejemplares, en cuatro volúmenes a 25 centavos cada uno. La elección de la novela de Cervantes tampoco era, desde luego, casual: el 27 de abril de 1960, René Depestre escribía en *Revolución* que la idea era del comandante Fidel Castro, que había querido empezar la “batalla del libro y de la cultura” con un héroe empeñado en “eliminar las fronteras entre el sueño y la realidad, la poesía y la vida.” “El pueblo cubano —añadía Depestre— está justamente comprometido en una alta aventura humana en la que el sueño más luminoso y más dulce está a punto de inundar todas las riberas de la vida diaria. En la imaginación

popular la Revolución es comparable, como lo ha dicho un gran intelectual cubano, a esa Dulcinea del Toboso que “tanto vale como la más alta princesa de la tierra.”

En plena sintonía con aquel proyecto de una Biblioteca del Pueblo que incluyera tanto los clásicos universales como los contemporáneos cubanos, estaba el empeño de *Lunes de Revolución* por divulgar la cultura del siglo y reafirmar la vigencia de la literatura. A ese público creciente que deseaba elevar su nivel cultural y se expresaba con desparpajo en las cartas a la redacción, el escritor cubano debía corresponder expresando artísticamente la dinámica realidad que el periódico reportaba a diario en sus primeras planas. Su propia situación era consecuencia de los cambios revolucionarios: antes un paria, incapaz de vivir de su profesión, dependiente, en el mejor de los casos, de la cátedra y el periodismo; ahora tenía un trabajo del que vivir, un gobierno que lo reconocía, editoriales donde publicar.

Escritos de autores de la talla de Piñera y Lezama, rescatados recientemente por *La jiribilla* ilustran el entusiasmo que esta nueva situación social despertó entre la mayoría de los escritores, pero la historia posterior que esa revista oficialista calla evidencia cuánto cambiaron luego los ánimos: diez años después de escribir aquella esperanzada carta a Castro, Piñera cayó en el ostracismo; su obra *Dos viejos pánicos*, ganadora del premio Casa de las Américas en 1968, no pudo representarse hasta mucho después de su muerte; dos de los participantes de la mesa redonda rescatada por *La jiribilla*, Severo Sarduy y Nivaria Tejera, becados en Francia por el gobierno revolucionario, nunca regresaron y fueron por décadas excluidos de la cultura nacional; el tercero, Rodríguez Feo, permaneció en Cuba pero, como Piñera, fue marginado en los setenta, cuando se consideró perjudicial todo contacto de los artistas e intelectuales homosexuales con las jóvenes generaciones.

El ciclo empezado en 1959 se cerraba, así, con una “muerte civil” mucho peor que el desinterés mostrado por el estado en los tiempos republicanos. ¿No convenía mucho más la frase al nuevo ostracismo, que a aquel para el que Piñera la acuñara en los cincuenta? Y Lezama, quien había celebrado a la Revolución como “la última era imaginaria”, donde “*todos conjuros* negativos han sido decapitados”, ¿no añoraría los tiempos en que podía darse el lujo de costearse con sus ahorrillos la publicación de alguno de sus libros en la imprenta de los españoles Úcar y García, e incluso adquirir las

últimas novedades de Sudamericana o Fondo de Cultura Económica en la librería La Victoria, luego de degustar una sabrosa champola de guanábana en alguna cafetería de la calle Obispo?

Cuando el grupo intelectual fue humillado por el Máximo Líder, organizado en una Unión Nacional, rebajado a la categoría de “trabajadores de la cultura”, se cortó una tradición que había producido, a pesar de las convulsiones políticas y del escaso apoyo estatal, prodigios como la obra de Ortiz y la revista *Orígenes*. En los setenta la buena literatura sólo pudo florecer en el exilio, o en el insilio al que fueron condenados la mayoría de los grandes autores: Lezama escribía *Fragmentos a su imán*, Piñera sus últimos relatos, poemas y obras de teatro, Arenas unos manuscritos varias veces incautados por la Seguridad del Estado, mientras se publicaban innumerables libros de ínfima calidad y las revistas literarias eran inundadas por horrosos textos procedentes de los “hermanos países socialistas”.

Se trata, desde luego, de unos dispositivos de control muy diferentes de la censura tradicional. La comparación con lo ocurrido en las dictaduras de derecha, como las del Cono Sur o la de Franco, no revela diferencias de grado, sino de esencia; la idea misma de una ‘política cultural’ implica una subordinación de la cultura al estado frente a los cuales resalta la esencial negatividad de una censura ejercida sobre lo que cuestiona la doctrina del régimen o atenta contra la moral y las buenas costumbres, pero que no pretende una determinación ideológica como la que encontramos en los países comunistas. De hecho, la figura del censor —a la cual la primera edición de *Tres Tristes Tigres* le debió la eliminación de algunos pasajes de contenido sexual— no existe como tal en Cuba, pero esta inexistencia no refleja sino la diferencia entre un régimen autoritario y uno totalitario; la censura en tanto institución encarnada en un lugar —el censor, representante del poder— tiene como condición de posibilidad la existencia de una esfera de relativa autonomía: editoriales, periódicos, revistas, colegios privados, etc.

Y es esto lo que la nacionalización de todos los medios de producción y reproducción ha eliminado en los países comunistas; si, según la conocida distinción de Juan Linz, en los autoritarismos hay una doctrina de régimen, en los totalitarismos hay una ideología de estado, y es justo esa positividad la que se expresa en la política cultural y, en última instancia, en la adopción oficial de un método artístico como el realismo socialista. La censura, entonces, en tanto límite de una relati-

va esfera de opinión, no existe justo porque la neutralidad misma está criminalizada. El régimen no sólo reprime a los intelectuales, o los coopta, sino que los *produce*: en los setenta, quien no quisiera seguir las normas, sencillamente no podía publicar y por tanto no era escritor. El dilema no era otro que la integración o el ostracismo.

El resultado —bien lo sabemos— es justo lo contrario del esplendor pronosticado por los comunistas. En un ensayo de 1956, “Los comunistas ante el proceso y las perspectivas de la cultura cubana”, publicado en la revista clandestina *Mensajes*, Carlos Rafael Rodríguez evocaba el análisis de Mañach, realizado treinta años atrás, de “La crisis de la alta cultura en Cuba”, señalando que este no había llegado al fondo de la cuestión. Las verdaderas causas de la crisis eran, según Rodríguez, “la interferencia imperialista en todo el proceso de crecimiento nacional, al que había impuesto su cauce hormador y deformador”, por un lado, y por otro la decadencia de la burguesía cubana, que habría abandonado el papel histórico progresista que desempeñara durante tres siglos. De ahí que, cuando se eliminara la penetración imperialista y la clase obrera llegara al poder, finalmente la crisis sería superada y sobrevendría un momento de esplendor. Pero es un hecho que esa predicción se trocó justo en su contrario: en los setenta la alta cultura pasó por su peor momento en toda la historia de la República.

*Viernes de Tribuna*, el suplemento cultural de *Tribuna de La Habana* durante los primeros años de la década de 1980, es un revelador documento de una depresión sin paralelos. Mientras la colección completa de *Lunes* requiere varios días, y hasta semanas, para ser repasada, la de aquel lamentable suplemento, último reducto del realismo socialista cubiche, que duró sin embargo más tiempo, se repasa en un solo día, si no en una tarde. Esto, que es sin dudas una ventaja para el investigador, ilustra bien la profunda contracción del mundo que se produjo en los setenta: de dieciséis páginas en 1959, pasamos a cuatro en 1980 y no, ciertamente, por escasez de papel. Es tan baja la calidad de las colaboraciones, tan anodino el diseño, tan monótonos los comentarios, tan irrespirable, en fin, el aire que traspiran esas páginas, que insuperablemente reflejan la decadencia de lo que viene a ser, de *Lunes* a *Viernes*, el proceso de la cultura cubana durante la dictadura castrista.

Hubo, sí, un cierto esplendor en la década de 1960. En aquellos años transcurridos entre el discurso de Castro en la Biblioteca Nacio-